

*Rem tibi quum nosces
aptam dimittere noli:
Fronte capillata,
post est occasio calva*

Si ves que la cosa te es propicia, no la abandones;
la ocasión que ves con pelos, después será calva

Catón

I

–Walter, la previsión no ha fallado –dijo Boris a su compañero sonriendo vanidosamente.

–Ya he oído por ahí que eres un poco gafe. Bueno, son las nueve y tenemos que salir... ¿Está todo?, ¿los planos?, ¿el expediente de segregación?, ¿la documentación del Land Rover?, ¿las llaves?, ¿tiene gasoil?, ¿llevas gafas de repuesto? Tengo entendido que le metieron una multa a...

–Que sííí.

Boris consideraba la meticulosidad como un vicio innecesario, y más aún cuando se convertía en órdenes procedentes de personas con las que no tenía ninguna confianza, como Luis Walter. No se llevaban bien. O mejor sería decir que, simplemente, no se llevaban. Si no fuese por una casualidad, no estarían trabajando juntos en aquel proyecto. De ningún modo.

*

El Ayuntamiento de Torres del Ocaso, pueblo de recolonización recreado en tiempos de Franco y segregado recientemente de su municipio matriz, San Sebastián de Villaparda, estaba iniciando los planes de ordenación urbana a petición de su entusiasmado y flamante nuevo alcalde, artífice de, como los pobladores la llamaban, “la independencia”. Cocinero de profesión, Abraham de las Casas, carecía de nociones de gestión territorial, de urbanismo o de medio ambiente, pero le sobraba labia, lo que explicaba que hubiese obtenido el ochenta por ciento de los votos en las elecciones municipales, algo inédito para cualquier pueblo de mediano tamaño de la provincia; el suyo alcanzaba en aquellas fechas tres mil

habitantes legalmente censados, aunque el alto número de inmigrantes no censados elevaba la población de hecho perfectamente a tres mil quinientas almas. Conocedor de sus carencias, pero con un continuo afán por ocuparse de todo personalmente, Abraham contactó con el departamento de Análisis del Medio Ambiente de la Universidad de X¹, que ya intervino anteriormente en la elaboración del expediente de segregación de Torres del Ocaso; a él pertenecían Boris, hijo de un primo hermano de Abraham, y Luis, a quien conocía, por una de esas casualidades de la vida, desde que éste era estudiante; fue vecino suyo mientras trabajaba en Londres como camarero.

Luis Walter había obtenido una plaza de Titular en la Universidad hacía poco menos de un año, pero procedía de otra distinta y distante. No pocas malas caras encontró por ello tras su ingreso en el departamento. Para empezar, nadie lo conocía de antemano; sus participaciones en congresos españoles eran nulas; no así las internacionales, que pasaban de la decena; algo semejante sucedía con los libros editados, casi todos en su lengua paterna, el inglés. Con ello, su expediente internacional era fulgurante y pocos sabían, hasta el día de la oposición, que en aquel imprescindible manual por todos manejado al editarse traducido al español y que estaba firmado por J. Holdridge, W. Brickhouse y L. Walter, el último era él.

Pero ahí no quedaba el enfado. Cuando se convocó la oposición, una de las últimas antes del nuevo sistema L.O.U., la plaza tenía nombre, como suele decirse en el argot académico: Julián Vázquez, profesor asociado del departamento, que había sido alumno, becario y ayudante previamente en la propia universidad que convocaba la plaza. En el tribunal se encontraban el catedrático del área, a la sazón jefe del departamento, y otro titular del propio departamento; y de fuera vinieron un catedrático de la Complutense y dos profesores titulares, uno de Santiago de Compostela y el otro de Zaragoza. Estas tres personas votaron a favor de Walter en la primera prueba y en contra de Vázquez; pasó él solo a la segunda prueba, donde, nuevamente, tuvo dos votos en contra y tres a favor.

Con todo aquello, su oposición sentó las bases de un enfado manifiesto hacia el catedrático de la Complutense por parte de todo el departamento y, por la misma razón, con los titulares de Zaragoza

¹ No busque el lector identificar la universidad o localizar un departamento de Medio Ambiente entre las existentes; tampoco la provincia donde se sitúa Torres del Ocaso. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

y Santiago. La frase más común era: –ya la pagarán en la próxima oposición que ellos tengan–. Julián, casado y con dos hijos, estaba en el paro y, cada cierto tiempo, visitaba al director para ver si había posibilidades de obtener una nueva plaza o, aunque fuera, algún trabajo como becario de proyecto; amargamente, Julián se quejaba de que algunos empresarios valorasen más a la hora de contratar a un biólogo el hecho de tener experiencia en abonado de jardines que ser doctor, especialista en contaminación, y tener treinta y cinco publicaciones.

Para colmo, el departamento de Análisis del Medio Ambiente se había constituido hacía pocos años en su práctica totalidad por personas de ciencias: químicos, biólogos e ingenieros, fundamentalmente, aunque se contaba con la participación de algún que otro especialista en derecho y en económicas. Pero Luis Walter era de letras, geógrafo para más señas, una licenciatura existente en la universidad pero cuyo departamento y miembros del mismo fueron excluidos de la planificación de la nueva carrera por intereses y animadversiones diversas.

Responsabilizado de que un brillante profesor y su familia estuviesen pasando hambre, nadie dirigía la palabra a Luis. Tampoco Boris. Así que cuando Abraham de las Casas exigió que Luis Walter dirigiese el trabajo, Boris sólo continuó en el mismo por petición paterna; sabía que aquello le iba a costar caro, en especial porque aún no era funcionario y porque su situación en el departamento no era precisamente cómoda.

Abraham era una persona de ideas fijas, y, aparte de su aspecto físico –medía casi dos metros y podría pesar más de ciento treinta kilos–, si algo lo caracterizaba era la convicción de acertar en sus decisiones y la capacidad de persuadir a los demás de ello. Se había presentado en la facultad sin previo aviso, aunque después de preguntar por teléfono los horarios de Boris y de Luis; llegó al departamento, reunió a ambos con el director, don Benito Díaz de Cañavete y Bertomeu-Vargas –había que anteponer siempre el don antes de nombrarlo–, y la mera mención de la cantidad que el ayuntamiento iba a pagar, cien mil euros procedentes de fondos comunitarios, hizo que don Benito, muy ágil mentalmente, en el acto viese el diez por ciento de aquella cantidad en las arcas del departamento, tal como estaba estipulado por la Universidad. Don Benito trató de adjudicarse la dirección del proyecto, ofreciendo toda

la organización y medios que tenía a su disposición, pero Abraham era inflexible y cortó la conversación:

–Un momento, por favor. Sé que Luis es el máximo experto en este tema –argumentó– y, usted perdone, pero, aunque su valía personal me es conocida –lo que no era cierto en absoluto–, don Benito, he visto tanto a Luis como a Boris crecer entre libros y mapas, y no me cabe duda de que son las personas indicadas para dirigir el proyecto; a ellos les puedo decir “Luisito, Boris, ¿qué tontería habéis puesto aquí?”, mientras que con usted... –se mantuvo sin hablar un momento, se rascó la coronilla, miró al techo y, bruscamente, le dirigió una mirada desafiante espetando rápidamente–, tendría que concertar una cita, reunirme de nuevo, discutir, enfadarme; en fin, un montón de cosas para las que no tengo tiempo, ¿me entiende?

–Allá usted –dijo el director. Su cara sonrosada sudaba copiosamente al calor de septiembre, mojando los hombros, dado que carecía de cuello–. ¿Ha preguntado si ellos están dispuestos a trabajar juntos? –dirigió hacia Boris un severa mirada que no encerraba otra cosa que una amenaza velada, o quizá poco velada.

–Vamos a ver, don Benito –volvió a hablar Abraham con un tono verdaderamente irritado y vehemente, tras cazar al vuelo la mirada dirigida a Boris–. Yo soy alcalde de un pueblo, pero no soy un palurdo, ¿me entiende? Estoy al tanto de las desavenencias que existen entre el personal en éste y en otros muchos departamentos de ésta y de otras universidades. Quiero decirle con ello que también conozco otras universidades. He visto sus ojos brillar al son de las perrillas que he mencionado, y echar fuego ante el hecho de que Luis dirija este proyecto. Decida usted mismo si va a ofrecer el apoyo de su departamento, pero con las personas que yo elija, o prefiere que me vaya, por ejemplo, a la universidad de Zaragoza, donde sé que harán el trabajo perfectamente y sin la más mínima pega... incluso tal vez por menos dinero.

Allí acabó la discusión. El director levantó con dificultad su rechoncho cuerpo y ofreció a Abraham visitar el departamento para que viese los medios de que disponían y que, por supuesto, serían manejados por los doctores Walter y Martín y los becarios que ellos designaran, pero Abraham se excusó con la necesidad de ir a una reunión a la que ya llegaba tarde; se marchó rápidamente, aunque no sin antes citar a Luis y a Boris para dos semanas más tarde, a primeros de octubre, en su ayuntamiento.

Don Benito no quiso saber nada más del proyecto. Cuando Luis preguntó sobre la estación de trabajo que había ofrecido a Abraham, le contestó secamente –¡pide la vez como todo el mundo!–, le dio la espalda y, un segundo después, cerró la puerta del despacho casi en su cara. Luis ya conocía esos desplantes y encargó algunas de las tareas de infraestructura a Boris, mejor tratado en el departamento, aunque no precisamente adorado. Cinco minutos más tarde se escuchó por los pasillos de la planta del edificio una furiosa llamada a Boris, que acudió rápidamente al despacho del director. Un momento después, salió de allí cabizbajo y con miradas huidizas. Estuvo una semana de baja por... gripe.

*

Desde el campus a Torres del Ocaso había casi dos horas de camino a través de una carretera poco apta para riñones sensibles. Se sucedían los carteles, algunos ya oxidados, de “Reparaciones por daños de inundaciones de 1989”, “Reparaciones por daños de 1996”, “Reparaciones por daños de 2004”, “Plan de Reasfaltado de la Excelentísima Diputación Provincial”, y alguien, jocosamente, había tachado las letras “Exce”. En algunos tramos, las excavadoras parecían omnipresentes, eternas, familiares como las contiguas encinas. Se les echaba de menos cuando faltaban más de dos meses seguidos. En la pared de un cortijo abandonado, se leía una pintada: “esta carretera no está muy bien pero pronto va a ser excelente; firmado, Astérix en Hispania, año 50 a.C.”.

El Land Rover parecía muy apto para aquella carretera; mucho más que para la autovía que habían tomado durante varios kilómetros desde el campus: allí rugía como un león enfadado y se bebía de un trago todo el combustible. Luis no salía de su asombro, montado en un vehículo sin cinturón de seguridad, asientos de cuero raído, ausencia total de ergonomía, freno de mano “auxiliar para grandes frenadas” al que los alumnos llamaban “A-B-si...” y en pleno siglo XXI.

–Esto es lo que tenemos para toda la facultad –dijo Boris ante la expresión de desagrado de Luis; Boris estaba acostumbrado a conducir aquel vehículo que, pese a las apariencias, no era tan viejo– Y suerte que lo tenemos y somos casi los únicos que lo utilizamos. La mayoría llevan vehículos propios o adscritos a proyectos de larga

duración. Circulando sin prisas, no hay nada que temer, no te preocupes.

–Bueno, qué le vamos a hacer. Aunque con la llovizna que está cayendo, habrá que extremar la precaución –Luis miraba desconfiado hacia los barrancos, que cada vez se iban haciendo más profundos conforme se elevaba el relieve–. Cambiando de tema, ¿tienes claro todo el material que tenemos que pedir a tu tío?

Luis trataba de romper el hielo con Boris, con quien apenas había hablado en el año que llevaba en el departamento. Era una oportunidad de empezar a integrarse, aunque, ya había visto lo mal que trataban a su colega algunos de los compañeros, especialmente el director.

–No es mi tío. Es primo de mi padre. Tú lo conoces mejor que yo. Además, yo pensé que tú eras el director del proyecto, ¿no? –la palabra director fue lanzada por Boris con un extraño tono–. Tú sabrás mejor que yo.

Un largo minuto de silencio sucedió antes de que Luis contestase.

–¿Por qué no podemos ser amigos? ¿Qué te he hecho yo?

–No me has hecho nada, ni tampoco estoy contra ti. Sólo te recuerdo que la dirección del proyecto está a tu cargo –respondió Boris sin apartar la vista de la carretera.

–Para mí, la omisión de ayuda es semejante a estar en contra. Conozco muy bien el tema, ¿o no sabes de dónde vengo?

–Nunca lo he tenido muy claro. Sé que eres una mezcla de inglés y vasco, ¿no es así? –preguntó Boris en un intento de desviar el tema.

–No. Puntualicemos. De padre norirlandés católico y de madre alavesa. He visto la indiferencia de alguno de mis vecinos cuando mataban a un soldado delante de ellos, primero en Belfast, cuando era niño, y luego cuando, después de terminar la carrera en Londres, me trasladé a Vitoria a vivir con mi madre. Ya estoy acostumbrado a las cobardes actitudes políticamente correctas. Lo tuyo es más de lo mismo: tienes miedo a las improbables represalias que puedas recibir por ayudarme, ¿verdad?

–Mira... –Boris veía como la conversación se iba enturbiando a la par que el limpiaparabrisas–. Tú también has sido profesor contratado y sabes muy bien lo que hay que soportar hasta llegar a ser funcionario. Estar obligado a votar a favor de algo a lo que te opones moralmente; sustituir al “cátedro” cuando a él se le antoje, o

sea, siempre, aunque estés de clases hasta el cuello, con la única ventaja de que los alumnos llegan a creer que tú eres el catedrático, porque a él no lo han visto más de dos veces en todo el curso; realizar actividades y trabajos que consideras denigrantes; aprobar alumnos por imposición de sus “papás” o amiguetes poderosos; recibir portazos en la cara por parte de los titulares y catedráticos; soportar que te roben artículos o la publicación de tu tesis; o pedir por favor que se te incluya el último de seis o siete en publicaciones que tú mismo has investigado y redactado por completo. Las represalias no son tan improbables, son certeras.

–Efectivamente, he sido interino como tú hasta hace poco...
–Luis miraba perplejo a Boris–, pero nunca he tenido que soportar nada de lo que cuentas. Es más, hasta ahora no encuentro modo de explicar por qué soportas esas vejaciones. He visto cómo algunos compañeros se ríen de ti y, sinceramente, salvo por el hecho de que, perdona que te lo diga, eres gordito, tienes gafas de culo de vaso y pelo “a lo afro”, nevado y desgrefñado, no encuentro ningún otro motivo de burlas; y eso, por otra parte, sería más propio de alumnos que de compañeros. Además, siempre hay otras universidades donde estar mejor.

Se detuvieron en un cruce. Cualquiera de los dos caminos conducía a Torres del Ocaso, pero el de la izquierda era peor y más largo. La lluvia arreciaba y la velocidad del limpiaparabrisas era insuficiente para despejar los cristales. La visibilidad se reducía, no sólo por la abundancia de agua, sino también por la oscuridad debida a las nubes. En un día normal, les quedaría aproximadamente una hora de camino, pero estaba claro que iban a tardar más.

Boris estaba rojo de ira. Si había algo que no soportaba era que le llamasen “gordito”, sobre todo porque estaba convencido de no serlo, aunque la redondez de su cara siempre hablase en su contra. Juntos, recordaban a Sancho Panza y a don Quijote, aunque tanto Boris como Luis estaban más en línea que nuestros héroes literarios. El esbozo realizado por Luis de Boris había sido preciso y agudizaba los contrastes entre ambos: Luis Walter presumía de un pelo rojizo escrupulosamente peinado y cuidado, era de complexión atlética y próximo al metro noventa, con lo que sobresalía casi un palmo por encima de su compañero.

La detención del vehículo no sólo se debía al cruce o a la lluvia. La ofuscación impedía a Boris manejar los pedales del coche y

articular palabra. Dirigió una significativa mirada a Luis, quien captó inmediatamente que había dicho algo ofensivo.

–No. No te enfades conmigo. Enfádate con ellos. Yo al menos te doy mi opinión sincera y sin ánimos de burlas –Luis señalaba con el dedo a Boris, un gesto que solía acompañar a sus expresiones más sinceras y que solía ser molesto para cualquier interlocutor–. ¿Acaso hacen lo mismo Elena, Antonio o el mismísimo Don Benito?

–Para ti es muy fácil juzgar a los demás. Como no participas, no te implicas. No tienes nada que perder, como no tienes amigos en el departamento...

–¿Y tú sí? –Luis abrió los brazos en señal de protesta.

–En otro tiempo los tuve. Que sepas que Julián era y sigue siendo mi mejor amigo, aunque no sé si después de esto.... He consentido en trabajar en este proyecto sólo por no enfadar a mi padre, que ya está bastante mayor. Y esa es la razón por la que para mí no hay ninguna otra universidad en la que trabajar. La razón por la que lo aguanto todo. Mis padres se morirían sin mí. Soy hijo único y vivo con ellos.

–A tus treinta y... ¿cuántos?

–Treinta y seis, ¿y qué? Dale la vuelta a lo que te he dicho: mis padres viven conmigo. Están jubilados, y soy yo la fuente principal de ingresos. Y no sé si lo sabes, pero aquí el sueldo de profesor asociado es poco más de la mitad del que tú tenías en el País Vasco.

Boris se incorporó a la carretera de nuevo, tomando el camino de la derecha. Parecía que la lluvia caía más suavemente, pero debían ascender un puerto de montaña y las nubes estaban muy bajas; con lo que, en ocasiones, reducían en extremo la velocidad al desaparecer de la vista la propia carretera.

–Claro que lo sé –asintió Luis–. También los complementos del funcionariado son más bajos. Pero para mí es fundamental el clima que tenéis aquí en el sur... normalmente –miraba hacia las oscuras nubes que ocultaban gran parte del paisaje.

–¿Por eso te viniste aquí? ¿Por el clima? ¡No me lo puedo creer! ¡La que has...! –Boris pensó que el viaje se iba a convertir en un infierno, y ya tenían bastante con la que estaba cayendo, de modo que calló, pero su compañero supuso la frase completa.

–La que he liado, ¿verdad? –Luis volvió a asentir con la cabeza a la vez que perdía la mirada en las bajísimas nubes–. Lo mismo que yo desconozco el origen de las vejaciones que has sufrido, ni tú ni nadie del departamento sabéis cuáles son mis motivaciones para

venir, para mí más serias que tus... tonterías de patio de colegio. Porque nunca os habéis interesado por mí en el tiempo que llevo trabajando con vosotros. El único objetivo era odiarme. Nadie me ha preguntado si tengo familia o no, si he comprado piso, lo he alquilado, o vengo todos los días desde Sebastopol. Sólo queríais saber mi opinión política, de modo que os ha defraudado muchísimo que no fuese nacionalista o radical: habríais justificado el odio, ¿verdad?

Boris no abrió la boca. Se limitó a conducir y a balbucear algún comentario sobre la espesura de las nubes. Durante largos minutos el silencio se hizo insoportable para ambos. Boris pensaba que había hablado más de la cuenta. Por su cabeza revoloteaban imágenes de autoflagelación mientras se insultaba a sí mismo. La tensión de trabajar con alguien que para el departamento no era políticamente correcto había hecho brotar los motivos en su propia boca, lo que jamás hubiese querido. Ahora tenía a todo el departamento en su contra por trabajar con Luis... y a Luis también, ya que lo había ofendido.

Acababan de pasar el Puerto del Desastre, a poco más de mil cien metros de altura, y la carretera bajaba bruscamente zigzagueando hasta San Sebastián de Villaparda. En un día normal el pueblo sería visible en la ladera sur de la montaña, varios centenares de metros más abajo, pero hoy era imposible; ni siquiera se intuía el valle. Numerosas piedras se habían depositado en la cuneta, desprendidas por la escorrentía, y algunas de ellas había invadido la calzada, aunque eran de pequeño tamaño y el Land Rover las pasaba por encima sin problema. Sin embargo, en uno de esos momentos en los que Boris iba más atento a las nubes externas e internas que a la carretera, pisó con la rueda delantera derecha un guijarro de gran tamaño, lo que provocó que Luis botase sobre su asiento bruscamente.

–¡Ten cuidado, coñ...tras! ¡Que nos vamos a matar!

–¡Pues conduce tú, a ver si lo haces mejor! –Boris soltó las manos del volante.

–¡Para!

–¿Por qué?

–¡Que te pares, coj...cholis! –Luis siempre contenía los tacos o los cambiaba por algo más suave, porque le molestaba el lenguaje malsonante, aunque es evidente que los reprimía defectuosamente.

–¿Pero qué pasa? –Boris no miraba a Luis, simplemente gesticulaba.

–¡No pienso seguir adelante con esa actitud tuya! ¡Si no quieres trabajar conmigo, vete a freír monas, pero no aguanto más que estés con esos malos modos! –Luis prácticamente vociferaba al oído de Boris– Yo no los tengo contigo, ni los he tenido desde que te conozco. No me pagues a mí con la sucia moneda que te dan. Así que detén el coche y da la vuelta; luego llamaremos a Abraham y nos disculparemos de algún modo.

Boris no paró, pero, tras unos largos segundos, se excusó en voz baja:

–Por favor, perdona. Estoy siendo demasiado... borde. Esta situación es mi final, y deberías entenderlo... Sólo el hecho de que acabo de renovar el contrato con la universidad ha impedido mi despido fulminante, pero ya me han advertido que vaya haciendo las maletas a final de curso.

–¡¿Qué?! ¡¿Por trabajar conmigo?! Pero... No lo dirás en serio –Luis negaba con la cabeza a la vez que esbozaba una tenue sonrisa de incredulidad–. ¡Eso cómo va a ser!

–Mira... normalmente no estaría de tan mal humor. Ésta es mi última oportunidad de hacer currículum. Después, todas las puertas controladas por el departamento están cerradas para mí. Por eso no pienso parar el Land Rover. Si quieres, saltas, o te esperas a bajar en un semáforo del pueblo, pero no voy a parar.

–Bueno... –Luis asentía con gesto reflexivo–. No sé si te das cuenta, pero... supongo que ahora comprenderás que hay más de una razón para buscar una plaza en otra universidad. Hay muchas más puertas para un buen investigador. Si es verdad lo que me cuentas, tendrás que ir a quitarle su puesto de trabajo a alguien, ¿no? ¿O acaso vas a buscar trabajo de vendedor de libros y ofrecer tu tesis doctoral en fascículos?

El cinismo de Luis fue entendido como una alegría y Boris se molestó aún más; comenzó a acelerar con la intención de crear miedo. Pero sólo produjo silencio. Un silencio que sirvió para que se convenciera de la futura realidad y de que, tal vez, Luis tenía razón.

Acababan de llegar a San Sebastián de Villaparda y un semáforo advertía que, de seguir a esa velocidad, no pensaba cambiar de color. De igual modo, una señal de tráfico estaba en complicidad y, a la vez que apuntaba dos posibles direcciones a seguir, una de ellas

parecía señalar el contiguo cuartel de la Guardia Civil. Así que era conveniente hacer caso a la luz roja.

Boris apuró la velocidad de tal modo que frenó bruscamente ante el semáforo, que seguía inamovible en su decisión. Miró a su compañero, pero ya sabía su respuesta: no se iba a bajar. De repente, sus ojos empezaron a parecerse al cristal del Land Rover, llenos de agua, pero sin más limpiaparabrisas que los párpados. Se estaba derrumbando. Luis trató de rebajar la tensión y, a la vez que señalaba que el semáforo ya estaba convencido de intenciones mejores, comenzó a hablar en un tono bastante relajado, pero firme.

–Boris... Tranquilízate. Como ves, estoy en tu misma situación. Aquí me ves, completamente solo y sin apoyos, salvo si consideramos que soy funcionario y es un poco difícil echarme. Han intentado hacerme la vida imposible dándome un despacho sin mesa ni cajones junto con los becarios; ¿y qué han conseguido?: que me haga amigo de varios de ellos, salvo de los más rastrosos; aunque si les preguntas, les tengo dicho que me pongan todo lo verde que puedan, por su propio bien. Tal vez tú deberías hacer lo mismo. Me han endosado asignaturas de cuya docencia no tenía mucha idea, ¿y qué he hecho?, he aprendido temas que no sabía. No me dejan publicar nada en las revistas ni en el servicio de publicaciones de la universidad, porque hay un veto bien claro a mis trabajos; mejor para mí, para la fama que tiene de cutre el servicio de publicaciones... Fíjate –prosiguió Luis–, el director del departamento jamás me atiende, ni de palabra ni por escrito; así que, si yo no existo para él, él no existe para mí... y de nuevo, mejor para mí: la colonia que usa lo invade todo y se mezcla con su halitosis de un modo repulsivo...

Boris sonrió por un momento, pero siguió escuchando.

–Tus compañeros no me hablan –continuó Luis–. Y tú tampoco, hasta que apareció Abraham. Pero me da igual. En serio. Estoy mejor así. Los alumnos me valoran. Yo estoy contento con mi docencia y lo que más rabia le debe dar a Don Benito es saber que soy feliz. Tengo una familia a la que quiero y que me quiere: dos niños, mi mujer, un perro y mi madre, que también vive con nosotros. A lo único que temo es a la Némesis.

–¿A la qué?

–Sí, hombre, la Némesis, el castigo que enviaban y siguen enviando los dioses a todos los que osan sentirse felices. Espero que, aliviados por mi ridícula situación en el departamento, sean clementes conmigo.

–Se nota que eres de Letras –Boris esbozó un gesto de estupor– Es la primera vez que escucho esa historia.

–Pues, hijo, lee alguna otra cosa que no sea sólo de bichos, pólenes y tempestades.

–¿Has leído mi tesis? –preguntó Boris al ver que mencionaba en tono irónico los temas centrales de su investigación.

–Claro. Los geógrafos llevamos ya bastante tiempo trabajando en climatología, a pesar de que alguna gente de ciencias, que ha llegado más tarde, considera que sólo los físicos están capacitados para abordar ese tema.

–Yo no soy físico, soy biólogo.

–Y los físicos te dirán que eres un intruso –aseveró Luis.

–Alguno me lo ha dicho, sí.

–Nada más estúpido que tratar de poner cotos a la Ciencia. Los que tratan de delimitarla e impedir la acción investigadora de otros por considerarla inapropiada o invasora de sus competencias, deberían dedicarse a la montería, no a la investigación. Wegener, autor de la Teoría de Tectónica de Placas fue denostado y calificado de intruso por no ser geólogo; como sabes, era climatólogo y yerno de Köppen, al que bien conoces. Murió sin conocer que más tarde, aunque corregida, su teoría sería aceptada mundialmente. Tus trabajos son buenos, y no porque seas biólogo y profesor de universidad, sino, simplemente, porque siguen el método científico. He leído tu tesis y varios trabajos tuyos y, particularmente, los considero excelentes. Es más, te quería preguntar: el que firmáis Díaz de Cañavete, Olvera, Martín-García, y tú en último lugar, ¿está hecho por ti, verdad?

–Eh... –Boris trató de recordar a qué se refería– Ah, ya... Pues sí...

–Se nota. En el país de la envidia, relegar, ignorar y denostar al que vale es el deporte nacional, y no es una excepción la investigación –señaló Luis hablando para sí mismo–. Don Benito siempre tiene que ir el primero. Viendo la situación, Boris, creo que tenemos todo un año para convencer al resto del departamento de la necesidad de tu renovación, y, después, hacer posible que todo el mundo sepa, prensa incluida, cómo es Benito Díaz de Cañavete, sin don, que no lo merece. Es tu única oportunidad y pienso poner todo mi empeño en ayudarte... si tú quieres, claro.

Boris tardó en contestar. Cuando se decidió a hacerlo ya estaban saliendo de San Sebastián de Villaparda.

–Si me puedes y quieres ayudar, te lo agradecería enormemente
–respondió Boris, pensativo aún.

–En ello pondré mi empeño, pero recuerda, primero tienes que ayudarte tú mismo y plantarle cara; si de todos modos está todo perdido, según me cuentas. ¡Ah, oye! –Luis sonrió repentinamente–
¿Sabías que había lugar para que Julián Vázquez hubiese seguido como contratado y Benito no quiso?

–Claro, como que está reservando hueco para Benitín: éste es su último año como becario del departamento –asintió Boris–. Eso lo sabemos todos y es la comidilla. Y da bastante pie a eso el hecho de que jamás se mezcle con los demás becarios, sino que siempre está con su “pa-pá” en el despacho.

–Hay que ir a por él. ¡Viva la revolución! Venga, ánimo, Boris, que lo vamos a solucionar... A todo esto y cambiando de tema, ¿me puedes decir por qué te llaman Boris, si en tu carnet dice Salvador?

Luis tenía delante los documentos que debían presentar en el ayuntamiento y entre ellos las firmas con la universidad, donde se acompañaban fotocopias de los carnet de identidad de los firmantes del proyecto.

–Es muy sencillo –respondió Boris–. Es un diminutivo de Salvador. Aquí, en Andalucía, es muy común decir Salvaorito, de ahí Salvaori, Salvori, Vori y, finalmente, Boris.

–Qué complicado.

–¿Sí? Pues tú que eres de letras, explícame cómo se llega de Francisco a Curro.

Empezaron a reír con juegos de palabras mientras el Land Rover se alejaba de San Sebastián de Villaparda. Normalmente, habrían llegado hasta Torres del Ocaso a través de un desfiladero, pero las obras de modificación de la carretera habían obligado a un corte temporal de la misma por voladuras. Torres del Ocaso estaba bien comunicado por cinco caminos diferentes, pero, salvo esa carretera, las demás debían atravesar puertos de montaña. Las obras debían acabar antes de que llegasen las casi infalibles nieves de diciembre, que, aunque no muy abundantes, siempre cortaban o hacían difícil la comunicación a través de dichos puertos por varios días.

Tomaron dirección al puerto de Toros Bravos, que obligaba a dar un rodeo de unos diez kilómetros e introducirse nuevamente en las nubes. Eran las once de la mañana.

*

Anna Bakusha quería volar. Había nacido al lado de un aeropuerto militar; sin embargo, siempre quiso ser azafata civil. Debería haber estudiado idiomas, pero, a pesar de su inglés excelente, no alcanzó la nota para becas; tal vez porque, entonces, en Azerbaiján aún era imprescindible estar afiliado al partido comunista y su padre siempre se negó. En cualquier caso, voló primero lejos del hogar, huyendo de su padre, integrista musulmán, y de su madre, antigua cristiana ortodoxa armenia con la que sólo compartía el nombre y el sexo; de modo que empezó su carrera militar en el ejército soviético, en Kiev. Eran tiempos de cambio y Azerbaiján se hizo independiente, lo mismo que Ucrania. Ya no eran soviéticos. Anna tenía que elegir entre su convulso lugar de nacimiento y el de empleo militar, donde pronto ascendería a teniente piloto de helicópteros. En la transición del comunismo al nacionalismo, en algunos acuartelamientos de Ucrania aconsejaron a los militares no ucranianos abandonar el ejército, especialmente si eran de origen musulmán. Le ofrecieron una magnífica paga equivalente a doscientos euros actuales como indemnización.

La elección era bien sencilla: estar en el paro en Azerbaiján, o estar en el paro en Ucrania. Así que eligió estar en el paro... en la Unión Europea. Aun así, pudo obtener la licencia de piloto poco antes de que la situación se deteriorase de modo insoportable; viendo que se podía perder la oportunidad de la paga, presentó su renuncia, como sus superiores habían previsto, y obtuvo el dinero. Lo suficiente para tomar un autobús a Odessa y tener para comer algunas semanas.

Desde Odessa trataría de hacer valer su grado de militar retirada —a sus veinticinco años— para introducirse en un barco que fuese a cualquier punto de Europa Occidental, empezando por Grecia. Pero el mundo es masculino y el grado militar le valió de poco. Sólo había dos opciones: su cuerpo, o mucho dinero, y la segunda opción no descartaba el empleo de la primera.

Anna siempre tenía un “plan B”. Hizo acopio de provisiones calóricas, como si en aquella primavera fuese a sobrevenir el crudo invierno; resumió sus pertenencias a una muda, algunos documentos y la pistola, y se introdujo de polizón en un carguero de trigo, siendo consciente de que no era aconsejable entrar en Europa con la pistola... pero por si acaso. Efectivamente, parece que no fue mala

idea. En Estambul uno de los compartimentos de trigo, cercano a donde ella estaba, fue vaciado y sustituido por un enorme cargamento de heroína marrón, y, para velar por él, cuatro matones lo vigilaban permanentemente.

A la semana de navegación, Anna había acabado su agua y tenía pocas provisiones para comer. Era necesario dar una vuelta por el barco. Su entrenamiento militar debía servir para pasar desapercibida, pero los traficantes que vigilaban eran profesionales y, si no la vieron, sí que notaron su presencia. Ella ignoraba que habían llegado a Bari, destino del cargamento de heroína, y, por esa razón, los hampones estaban esperando la noche para sumar a la descarga del pardo trigo, la de la parda droga.

A las seis y media de la tarde y tras una larga persecución por la cubierta del barco, Anna sólo hizo uso de su arma para amenazar a uno de los narcotraficantes; de modo que cuando se vio rodeada, voló. Pero no con los aviones de sus sueños, no. Veinte metros de caída vertical en los que se jugó la vida por el seguro impacto contra el agua y el probable de alguna que otra bala. Buceó durante algo más de un minuto hasta que los pulmones le ardieron, al igual que le ardía la cabeza por encima de su oreja derecha. Cuando emergió y respiró, giró rápidamente el cuello para ver su posición, suficientemente a tiempo para sumergirse de nuevo a la vez que escuchaba el chasquido de las balas contra el agua.

Esta vez sabía hacia dónde recalar, de modo que en la siguiente emersión estaba a salvo junto al casco de otro barco. Estaba viva, pero la herida sobre su oreja le indicaba que había faltado muy poco. Sangraba abundantemente y le faltaba pelo. Tal vez si hacía girones con su ropa podría ponerse una venda, pero no era muy buena forma de presentarse a pedir trabajo. Notó que la herida era poco profunda y nadó durante varios minutos hasta salir del agua y subirse a una barquilla de pescadores amarrada a un noray del siguiente pantalán.

Durante varios años, Anna estuvo trabajando en el sur de Italia. Entró legalmente por la aduana del puerto de Bari, aduciendo que había dejado su trabajo de marinera por una discusión con el capitán del barco, razón por la cual estaba mojada, lo mismo que algunos de sus documentos. La conminaron a presentarse en comisaría, pero nunca acudió. Encontró trabajo en el campo; con él malvivió siempre con el miedo a ser descubierta como inmigrante ilegal.

Encontró y perdió el amor. Un italiano fumador fue su perdición. Trataba a las mujeres como a los cigarrillos: las encendía, las

degustaba, las consumía y las tiraba, pisoteándolas a veces. Anna se consumió y cayó, pero antes de ser pisoteada, decidió hacerse humo.

Había llegado a convertirse en una huraña mujer que sólo hablaba para pedir su jornal. Un día llegó a sus manos un periódico inglés donde figuraba un artículo sobre la Costa del Sol. Leyéndolo, entre otras cosas, supo que había una importante población rusoparlante, muchos árabes y ciudadanos del este de Europa trabajando en muy diversas tareas, entre otras, ¡pilotando helicópteros! Harta de lechugas, patatas y tomates, y de Massimo, su informal pareja, volvió a soñar con volar. ¿Y cómo llegar hasta allí? No viajaría en barco. No quería volver a ver el mar, cuya visión le recordaba unos eternos y horribles minutos: había llegado a tener pánico al agua.

En Europa sólo era necesario el carnet de identidad para ir de un país a otro y normalmente no se lo pedían a los de raza caucasiana –y ningún europeo era más caucasiano que ella–. Valoró de nuevo sus recursos económicos y estudió rutas de carretera y mapas de Europa. Durante una semana viajó en autobús a lo largo de Italia, cruzó la frontera a pie por los Alpes marítimos e hizo lo mismo en la frontera entre Francia y España. Al fin llegó a la Costa del Sol, pero el soñado paraíso, como siempre, se convirtió en una nueva decepción.

Era preciso encontrar trabajo y regularizar su situación; tenía que hacer lo posible por no dedicarse a las hortalizas, ir a por todas e insistir en encontrar el trabajo que buscaba. Durmió en portales, pasó hambre, rebuscó en los cubos de basura de gente que creía pertenecer a la *jet set* por el mero hecho de vivir en Marbella, aunque su casa no tuviese más de cincuenta metros cuadrados; y, un día, a finales de noviembre, encontró una oferta de trabajo que a duras penas tradujo leyendo un periodicucho local: “*se busca persona rusoparlante para trabajo especializado, bien remunerado*”. Sólo especificaba teléfono y dirección. En el teléfono remitían nuevamente a la dirección, sin aportar más datos. Se presentó en un local de un polígono industrial periférico de una gran ciudad andaluza; a su puerta esperaban veinte personas más, todas comentando en voz baja el secretismo de la convocatoria. Una hora de espera, una entrevista con preguntas absurdas y superficiales en ruso acerca de qué sabía hacer y de dónde tenía su familia; junto con otras cinco